

MUESCAS

LaViscera
Año 02
Núm. 13
Abril 2022

«Todas mis posesiones por un momento más de tiempo» Isabel I

Año 2 | Núm. 13

LaViscera Magazine

 www.facebook.com/LaViscera

Dirección / Coordinación

EDULOGIC PRODUCCIONES

Corrección

CVH

Consejo de redacción

CARLOS SAN JORGE

PATRICIA SÁNCHEZ

CARLOS VICENTE

Maquetación / Diseño

PATRICIA SÁNCHEZ

Contacto:

LaViscera@edulogic-producciones.com

www.edulogic.es

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta publicación sin autorización expresa de los autores y del equipo directivo de LaViscera Magazine. Todos los derechos reservados.



- 05 Carlos Vicente
**UNA OBRA DE TEATRO
QUE NUNCA ESCRIBIRÉ (XIII)**
- 07 Patricia Sánchez
GEORGIA
- 09 Beatriz Gorjón
BIOGRAFÍA
- 11 Carlos San Jorge
CON CARIÑO, FRANÇOIS
- 13 Andrés M. Níguez
LA FOTO
- 15 Jara Aizpurua
ELLA
- 17 VÍSCERAS INVITADAS: ALFONSO MENDIGUCHIA
DETRÁS DE LA OREJA
- 19 VÍSCERAS INVITADAS: BEATRIZ BONDUEL
EL HAPPENING
- 21 LA RECETA. Patricia Sánchez
**MUESCA FLAMBEADA CON
GUARNICIÓN**
- 23 Pedro Vez Luque
LA OBRA

A veces, conviene preguntarse si no somos, simplemente, el hueco que se hace en una cosa para encajar en ella. Y conviene hacerlo porque, así, nos vamos preparando para darnos cuenta de lo que realmente hacemos en esta vida de mierda: marcar señales con una uña en la culata de la pistola que guardamos debajo de la almohada por si acaso un día nos atrevemos a hacer lo que es natural cuando nacemos.

Al fin y al cabo, la vida acaba suicidándonos y dándonos la razón, aunque nosotros no queramos.

UNA OBRA DE TEATRO QUE NUNCA ESCRIBIRÉ (XIII)

CARLOS VICENTE

Me encantaría escribir una obra sobre la palabra «muestras», pero me temo que nunca la escribiré. Aunque sí que tengo claro que empezaría con una cumbia, en un club de alterne y con un hombre llorando amargamente frente a una copa de ron del caro, de esas que en ese tipo de lugares te cuestan el triple que en el bar del barrio. Sería algo así como...

Un hombre llora amargamente mientras bebe ron del caro. Está sentado en un taburete, en una barra de bar. Al lado, hay una mujer rubia, elegante y de mediana edad que bebe champán. De fondo, suena una cumbia cantada por esos genios que son Los Palmeras, *Ahora quién*.



Isabel: ¿Te pasa algo, guapo? ¿Quieres que sea el muro de tus lamentaciones o prefieres ser el muro en el que yo me lamente?

Pablo: Me parece una vulgaridad lo que acaba de decir, señora.

Isabel: Señorita, si no le importa. Y estamos en un puticlub...

Pablo: ¿Y eso qué tiene que ver? ¿No se puede ser fino y elegante en un club de alterne?

Isabel: Qué hombre más raro, por Dios. No me extraña que esté usted aquí.

Pablo: ¿Y qué problema hay? Cada uno va a donde quiere. Cada viernes voy y lloro en un puticlub diferente y nadie me había hablado así nunca. Señorita, parece que tira piedras contra su propio tejado.

Isabel: ¿Cada viernes va a un club diferente a llorar?

Pablo: Sí, señorita. Y los tengo apuntados todos en una libreta. Me he recorrido toda España.

Isabel: Es usted un hombre de dinero.

Pablo: Yo prefiero decir que soy un hombre de lágrima fácil.

Isabel: ¿Y en cuántos ha estado?

Pablo: Llevo trescientos cuarenta y cuatro. Sólo me faltan los de Albacete, Cuenca, Ciudad Real, Badajoz y Gerona.

Isabel: ¿Y por qué llora?

Pablo: Por... no, mejor no se lo cuento. Simplemente lloro y ya está.

Isabel: ¿Sabe? Yo tengo marcadas en el cabecero de mi cama las veces que he llorado. Tres.

Pablo: ¿Sólo tres?

Isabel: Las suficientes.

Pablo: Para mí, nunca es suficiente. La gente debería llorar más.

Isabel: Por menos de una lágrima se ha comenzado una guerra.

Pablo: Las guerras no me interesan. En ellas la gente sólo huye y nunca mira hacia atrás.

Isabel: Si miras hacia atrás, lloras.

Pablo: Y si miras siempre hacia adelante olvidas.

Y subirían a la habitación y ella le contaría una historia de hace muchos años, de cuando lloró por última vez. Mientras, él llora una y otra vez y apunta en una libreta todo lo que ella le dice hasta que se queda dormido.

El jueves me pasé todo el día pensando que tenía cuarenta y cuatro años. Estaba totalmente convencida. Y, de repente, a última hora, en medio del pasillo, en una de esas visitas infructuosas a la cocina por puro aburrimiento, me di cuenta de que no, de que tengo cuarenta y seis y de que me había pasado todo un jueves actuando como si tuviera dos años menos. Fue una sensación muy extraña. Fugaz. Y extraña.

Lo ha dicho todo de un tirón, sin respirar apenas, sin darle importancia... como si no tuviera importancia. Como todas las cosas que dice esos domingos por la mañana en los que pasa la página del libro que toque, inmersa en sus pensamientos. Él sabe que, en unos minutos, cuando se asiente la confesión de turno, volverá atrás porque ha pasado esa página sin haberse enterado de lo que leía. No dice nada. Nunca dice nada. A veces, no ésta, pero a veces, ni siquiera la escucha, concentrado como se encuentra en deslizar la gamuza de las gafas impregnada en agua destilada sobre las muescas del disco. Siempre el mismo disco. Con esa mezcla de precisión y delicadeza que, durante años, había admirado en las manos de su propio padre.

Respira lento, tratando de que ni siquiera ese acto inconsciente altere el momento. No levanta la vista del vinilo, de ese mar oscuro en el que deja que buceen los problemas, los momentos de estrés y las cosas aplazadas para el lunes. Todo eso que se queda ahí, fuera, al otro lado de la burbuja. Y, como siempre, espera un poco más. Incluso en esas ocasiones en las que no le ha prestado atención, espera un poco más, por si, pasados unos segundos, ella continúa hablando. No parece que esta sea una de esas ocasiones. Cuando vuelve la página atrás con un suspiro, el mismo suspiro de todos los domingos por la mañana, sabe que no dirá nada más al respecto.

Se levanta, coloca el disco sobre el plato y vuelve esa misma mezcla de precisión y delicadeza de herencia

paterna para colocar la aguja en el punto justo. No. No en ese punto en el que comienzan a sonar las primeras notas, sino unos segundos antes, ese punto en el que la aguja recorre los surcos previos, las muescas que anticipan el alma de la canción en forma de sutil rasgueo sonoro. Ese «*Dust 'n Scratches*» como dice Camila, su pedante hija adolescente, que presume de inglés e interés vintage y que acabará heredando toda su colección cuando a ella se le pase la estupidez propia de la edad y a él le pase como a su padre y se marche a bailar a otras cocinas.

No le hace falta girarse para saber que ella se ha puesto en pie. No hace ruido, nunca hace ruido, pero el juego siempre es el mismo. Sabe que, en cuanto se ha levantado y le ha dado la espalda para acercarse al viejo tocadiscos, ella ha doblado la esquina de la página que se disponía a releer y se ha puesto en pie, y que espera con los ojos cerrados y su delicada sonrisa a que él se gire con los primeros acordes de «*Georgia on my mind*», en la versión original remasterizada de Ray Charles, y la agarre por la cintura.

Y en ese instante, cuando comienzan a moverse al ritmo de la música mientras sus mejillas se acarician, en ese preciso momento y en los tres minutos y treinta y siete segundos que dura la canción, no existe nada ni nadie más. Y olvida que el domingo se volverá triste anticipando el lunes; que en un rato es posible que discutan por la última factura o porque a ninguno le apetece cocinar; porque no parece que termine nunca la edad del pavo de esa cría que, si les pilla bailando, pondrá cara de asco y se volverá a su cuarto o porque alguna de esas muescas que los años han ido labrando en su historia en común escuece hoy más y con menos alma que la que les regala el vinilo en esos momentos previos. No. En ese instante, en ese preciso momento, no existe nada ni nadie más. Sólo ella, sus cuarenta y seis años y la certeza absoluta de que es feliz.



GEORGIA

PATRICIA SÁNCHEZ



BIOGRAFÍA

BEATRIZ GORJÓN



Las arrugas

surcan su cara
su cuerpo

muecas de vida

Unas pequeñas

leves

están casi borradas

Cientos de risas
supurando anhelos
Culpas distorsionadas
por la memoria
Mil naufragios baldíos
a la orilla
de un mar sin sal

Otras profundas

Como el silencio
Como la pena
Como el dolor

Cada victoria

una marca

Cada fracaso

un surco

Las cicatrices de sus muñecas

una derrota más

doble

por intentarlo

por fracasar

Y más muecas

por los cadáveres que dejó
aquel otoño oscuro

amarrados a sus entrañas

con una soga

de nudos imposibles

de pensamientos enquistados



Mi muy querido padre, mi muy amada madre. Siendo hoy día 17 del mes de junio del año presente, 1815, les escribo desde Waterloo con la intención de transmitirles, para su tranquilidad, mi buen estado de salud. Llegamos hace unas horas y, aunque nuestro objetivo era avanzar sin descanso, la lluvia y el barro han impedido que los artilleros muevan los cañones con facilidad, por lo que, al único resguardo de nuestro chacó y abrigo, estamos a la espera de nuevas ordenes.

Supongo que a sus oídos habrán llegado las buenas nuevas de nuestro exitoso avance por tierra hostil. Está claro que la fortuna sonríe a nuestro Emperador y, gracias a ello, el ánimo de la tropa está en su punto más alto.

En el momento en que me dispongo a escribir estas líneas, cuentan dos las jornadas en las que salimos victoriosos y, aunque es cierto que el número de bajas del Segundo Cuerpo de nuestro glorioso Grande Armée, es cada vez mayor, no teman por mí, siento que Dios está a mi lado, me cuida y, gracias a él, conseguiré muy pronto lo único que ansío: volver a compartir con ustedes los bellos atardeceres que Rennes nos ofrece en esta época del año.

Decirles, también, que sigo guardando, junto a mi pecho, la navaja que padre me entregó antes de partir. He cogido la costumbre de limpiarla todas las noches, eso me hace sentirme a salvo y más cerca de casa. He de confesarles, con algo de vergüenza, que en el precioso mango de madera que el abuelo talló con sus propias manos, he realizado unas pequeñas muescas. Una por cada amanecer que mis ojos observan sin saber si va a ser el último. Espero que esto no le moleste, padre. Sé cuánto aprecia la navaja, pero entenderá mi gesto en cuanto le explique.

Esas pequeñas marcas son, en realidad, una idea que le copié a Christopher, que, desde aquella primera noche en la que en las trincheras esperábamos a la intemperie la llegada del alba, marcaba la suela de su bota izquierda celebrando un día más con vida. La batalla de Charleroi me arrebató su compañía y he decidido continuar su legado donde él lo dejó. Necesito realizar este pequeño homenaje en su memoria y no encuentro un lugar mejor que el mango de la navaja que tanto significa para mí. Lo comprende. ¿Verdad?

Si no es mucha molestia, me gustaría pedirles que le den el pésame a su familia de mi parte, ya que la noticia de su muerte ya les habrá llegado. Aprovechen para decirles también, en especial a su hermana Chloe, a la que ya saben que tanto estimo, que en todo momento su querido hijo y hermano fue valiente y valeroso. Sin duda, no sólo ha sido el mejor amigo que he tenido desde la infancia, sino también el mejor compañero de trincheras hasta su muerte.

No podría precisar cuánto duró la contienda, pero les aseguro que para todos nosotros fue eterno y tedioso. Cuando cesaron los cañonazos, los oídos me pitaban, acostumbrándose a la falta abrupta de ruido. Sólo podía sentir el sonido del viento que, a terroríficos intervalos, acompañaba los gritos de dolor de algún herido perdido entre el fuego y el humo. Es cierto que en el infierno la muerte no distingue bandos y, si cierras los ojos en un campo de batalla extinta y te guías sólo por el sonido del dolor, da igual el color de la escarapela o si tu uniforme es azul, blanco o rojo. Únicamente hay guturales gritos de dolor y súplicas por doquier.

Encontré a Christopher a pocos metros. Boca abajo, inmóvil, junto al cráter arenoso provocado por la bala de un cañón. A su alrededor no había sangre, por lo que pensé que, como en alguna otra ocasión, simulaba su muerte para descartarse como posible diana de algún enemigo con buena puntería. Susurré su nombre varias veces para demostrarle que todo había terminado y que estábamos seguros, pero seguía quieto. Cuando le di la vuelta, descubrí que tenía el torso abierto. La sangre salió de golpe, como si de un volcán se tratase. Les juro que, a pesar de estar aterrado, traté con todas mis fuerzas de pararla, pero fue inútil; la herida era muy grande y mis manos no daban a basto. Mi lucha por evitar que se desangrara fue igual de inútil que mis gritos llamando al sanitario. Me apretó la mano, llamando mi atención, y exhaló su último aliento.

Todos me dicen que tengo que estar orgulloso de él, que ha caído luchando por su país, que no hay mayor honor que ese. Pero sólo siento confusión y rabia. Es cierto que, cada mañana, el capitán nos arenga y nos anima recordando las palabras de nuestro Emperador: «La muerte no es nada, pero vivir derrotado y sin gloria es morir diariamente», y los oficiales nos repiten constantemente que lo que hacemos está bien hecho; que la Séptima Coalición sólo quiere aniquilarnos y que, por eso, un buen soldado no piensa, sólo ejecuta ordenes. Pero la sangre de mi amigo aún está en las mangas de mi uniforme y el silencio de la resaca del campo de batalla taladra incesable mi mente.

Me pregunto si toda esta lucha merece la pena. Si es cierto eso de que estamos recuperando algo que es nuestro y que, como no puede ser por las buenas, tiene que ser por las malas. Me pregunto cuándo llegará esa gloria que tanto nos prometen. Pero, sobre todo, me pregunto ¿por qué nos matamos unos a otros, sin ni siquiera conocernos, por el ansia de poder de unos pocos que ejecutan sin mancharse las manos?

Me despido abruptamente, los tambores comienzan a rugir. Padre, sea paciente, no se cuándo, pero prometo devolverle su navaja.

Con cariño, su hijo François.

LA FOTO

DE ANDRÉS M. NÍGUEZ PARA MUESCAS

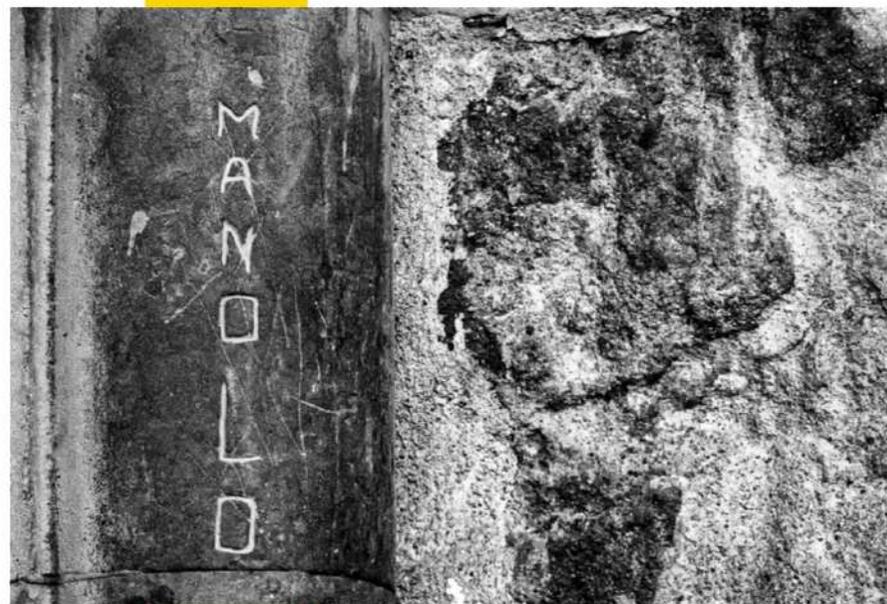
DEL LENGUAJE DE LOS CANTEROS A LA MALA EDUCACIÓN DE MANOLO

Si nos acercamos con mirada atenta a los maravillosos monumentos de Salamanca, con facilidad podemos descubrir en algunas de sus piedras multitud de muescas grabadas, no al azar, por las hábiles manos de los canteros que con mimo fueron dando forma a nuestro patrimonio. Son las marcas de canteros que, a modo de firma, identificaban el trabajo realizado para poder cobrarlo.

Al entrar a la Iglesia de San Martín (S.XII), también podemos ver las marcas de un pseudocantero llamado MANOLO, más próximo en el tiempo, que se tomó la molestia de informarnos de su paso por la ciudad y de su mala educación.

Foto 1: Fachada lateral de la Clerecía

Foto 2: Fachada de San Martín por el Corrillo



ELLA

JARA AIZPURUA

Tiene la tristeza clavada al pecho con alfileres y las lágrimas forman ríos en su rostro. Debajo de sus ojos se han formado dos cuencas en las que, si te descuidas un poco, no haces pie.

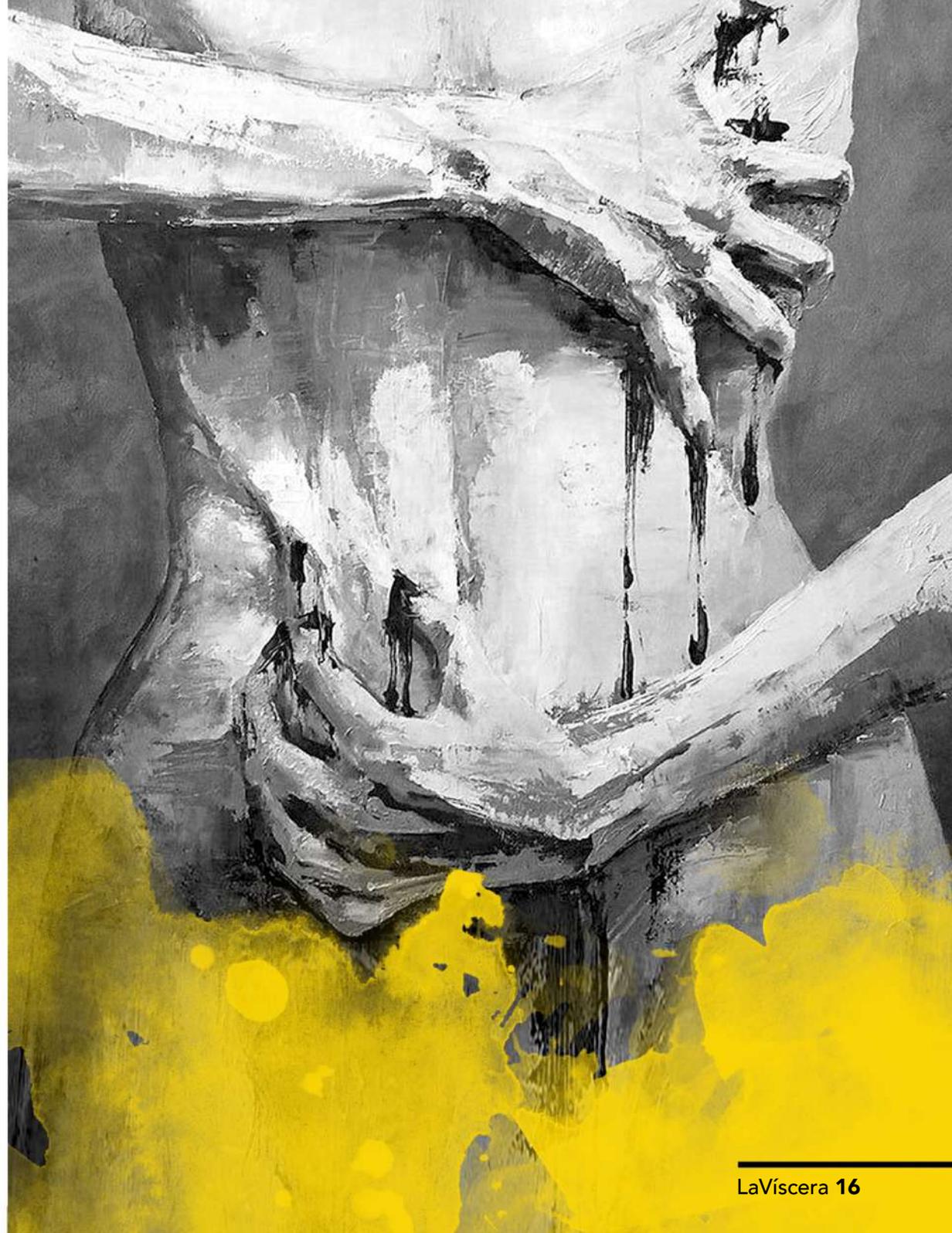
Ella lucha cada mañana por ponerse bonita. Tapa su pecho con vestidos de colores y su rostro lo adorna con maquillajes sencillos, nada que haga que se fijen demasiado en ella, no vaya a ser que descubran todas sus cicatrices.

Tiene grietas en el alma y un camino lleno de piedras en sus arterias, por eso hay veces que le cuesta tanto respirar. Pero resucita con los atardeceres y después de meter los pies en el mar. Siempre dijeron que el agua salada era curativa y que el poder de sol siempre fue más fuerte que el de la luna.

Ha fabricado un muro de papel, no muy resistente, lo sé, pero por ahora le sirve. No quiere recurrir al cemento para convertirse en estatua, así que lucha contra los vientos agarrando bien todos los pliegues que se forman para no salir volando y desaparecer del mapa.

Del amor no quiere hablar. Escribe versos sin rima en el aire y los sopla después para que no lleguen a puerto, total... Siempre supo que eso del querer no era para ella y que todas las historias bonitas podría vivirlas a través de películas y libros, pero no en su piel. Su piel es demasiado sensible y se le forman muescas cada vez que su corazón late más fuerte de lo debido.

Así que camina descalza y con cuidado de no resbalar, no vaya a ser que tropiece y termine con su vida. Un poco exagerado, lo sé.



ALFONSO MENDIGUCHIA

- ¡Será la mosca, abuelo!
- No hijo, no. Lo que yo tengo detrás de la oreja es la muesca.

Mi abuelo siempre estuvo en el campo, con las vacas. Hasta lo de la guerra, que las perdieron, o se las quitaron o algo. No recuerdo. Pero sé que desde chico había trabajado con las vacas. Con muchas. Nunca me dijo con cuántas, pero con muchas. Eran otros tiempos, decía. Fue entonces cuando le llegó lo del frente, que no quería, pero lo llevaron. Al principio estaba preocupado -me contó- porque nunca había estado en una guerra. No sabía cómo iba eso y no quería quedar mal nada más llegar. Era muy cumplido mi abuelo. El caso es que estaba preocupado y, además, es que no quería. Prefería seguir con las vacas. Pero se lo llevaron. Sin preguntar. ¿No preguntaste por qué?, le dije yo una vez. Esas cosas no se preguntan, hijo, porque no habría respuesta -decía él-. O peor, sería una mala respuesta, añadía. Así que nunca preguntó. Se lo llevaron sin más, sin preguntar. Le dieron un mendrugo de pan, le quitaron el reloj de cuando la boda y le pusieron un uniforme de infantería. Estaba muy sucio el uniforme, como con restos. Ya ves, él que era tan limpio para no oler todo el día a vaca. Sería de otra guerra, me dijo. Las cosas que sobran de la guerra nunca se tiran. Hay buen mercado de segunda mano para estas cosas. El caso es que le pusieron el uniforme con restos y se lo llevaron. Se fue oliendo ya a guerra. No recuerdo de qué bando me dijo que era el uniforme. Quizá es que nunca llegó a decirlo. No recuerdo. Tampoco tengo claro que él mismo llegara a saberlo. Era daltónico desde una pedrada, cuando chico, y para él todos los uniformes eran pardos. Daba igual uno que otro. Todos iguales. Sólo distinguía entre sucios y más sucios, pero todos iguales. Reciclados, casi todos con restos. Con olor a guerra. Como no distinguía, él saludaba a todos en el frente, por si acaso, no quería quedar mal con nadie. Era muy cumplido mi abuelo. También le dieron un fusil. Le quitaron las vacas, pero le dieron un fusil. Le dijeron que a disparar al enemigo.



Pero mi abuelo con lo de la pedrada no distinguía, saludaba a todos. Él sabía distinguir vacas, pero no enemigos. Eran todos buenos chicos, decía, unos más sucios que otros, pero buenos chicos. Podría haber preguntado, pero no quería por si no le respondían o por si le daban una mala respuesta. Así que no tenía modo de saber quién iba con quién. Y no era el único. Me contó que allí en el frente había muchos más daltónicos. Casi todos, me dijo. Daltónicos perdidos. Y nadie preguntaba. Así que, salvo a un par de ellos más motivados, al resto les daba apuro disparar. Y sin disparar una guerra se hace aburrida. En una guerra no hay mucho que hacer. Disparar, poco más. Con las vacas siempre había faena que hacer, pero allí mi abuelo se aburría. A veces -me contaba- disparaba al aire, por matar el tiempo. Otras veces se ponía a contar hasta mil. Por hacer algo. Antes contaba sus vacas, pero ahora contaba balas, fusiles, cosas así. Cosas de la guerra. Por pasar el rato y el frío. El caso es que un día sin venir a cuento -me contó- llegó uno alto, con el uniforme más limpio. Pardo, pero más limpio. Les saludó. Traía la cara ancha, como de haber comido, y les dijo que todos para casa, que ya se había acabado la guerra. Que dejaran el uniforme allí tirado para reciclar y para casa. A mi abuelo le pilló contando, se llegaba por el novecientos y tantos y le dio rabia parar de contar faltando tan poco para mil, me dijo. Entonces, me contó, se pusieron a disparar al aire unos cuantos. De pura alegría. Pero como no tenían costumbre, los disparos salían raros. Uno de los chicos se disparó en el pie, otro se disparó por la espalda. Es que no sabían. Qué iban a saber. El caso es que una bala de uno rebotó en un árbol, luego en una cantimplora y terminó rozándole fuerte a mi abuelo detrás de la oreja. Le dejó marcado. Y así volvió. Marcado. Regresó medio desnudo sin preguntar por qué fue, sin saber por qué volvió, sin vacas al llegar, pero con una marca para siempre. Hasta el final. No era mosca, tenía razón. Así murió, con esa muesca detrás de la oreja de la que nunca llegó a saber ningún porqué.

BEATRIZ BONDUEL (TEXTO E IMAGEN)



Mandé construir una alfombra vinílica con un laberinto impreso, de un metro por un metro. El festival en el que participé se llamaba Acción XM2. Cada acción artística debía llevarse a cabo dentro de un metro cuadrado, real o imaginario.

El fondo de la alfombra es negro y las líneas del laberinto, blancas. Sobre las líneas hay filas de soldados de juguete, plásticos, verdes y beige. En la entrada del laberinto dos ratones blancos teledirigidos que pedí por internet a un gigante del e-commerce chino. Los mandos que los teledirigen tienen forma de quesitos.

Estoy vestida de soldado, con pantalones, camisa, gorro de camuflaje, colgante con identificación rectangular y dos rayas negras en cada mejilla.

En la salida del laberinto hay un gran queso *Maasdam*.

El público va utilizando los mandos para conducir a los ratoncitos por el laberinto, pero como son tan imprecisos y los pasillos tan estrechos, van tumbando, inevitablemente, a los soldados; y yo los voy recogiendo y recolocando mientras grito *mantras* pseudomilitares sobre misiones tácticas y objetivos.

La sala ha cobrado vida. Somos catorce «performers», cada uno en su metro cuadrado, algunos utilizando la voz y el cuerpo, otros solamente el cuerpo. La sala se sacraliza. El público no sabe por dónde comenzar, si participar, si solamente ver, cómo ver y cómo participar en y de aquel Museo vivo.

Por mi parte, tras una taquicardia inicial, me sereno y me fusiono con el personaje, a pesar de que me siento infinitamente más cercana, más próxima y más identificada con los ratones que con los soldados. Y es que, ¿siendo guatemalteca puedo permitirme vestir de soldado? Mi conciencia se consuela pensando que soy más G.I. Joe que GEO.

Cuando queda poco para que terminase la presentación, me quito el traje de soldado y desvelo que llevo debajo un disfraz de cuerpo completo de ratón.

Mi idea era terminar el *happening* devorando el gigantesco *Maasdam* a voraces mordiscos, pero cuando lo acerqué a mi boca encontré en él varias diminutas y misteriosas muescas.

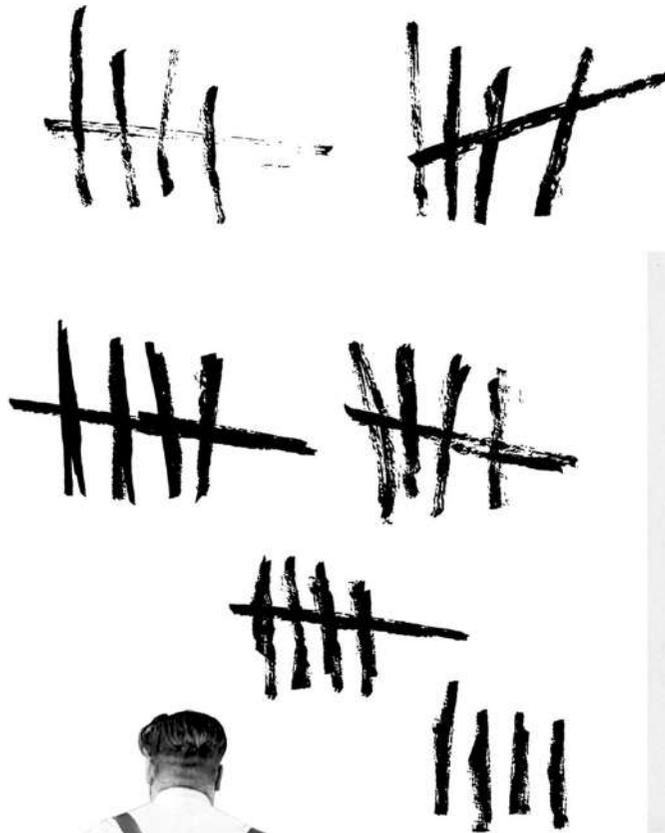
Tal como suponéis, los mandos con forma de quesito estaban ambos intactos, en su sitio sobre aquel cuadrado vinílico de uno por uno.

A los blancos ratoncitos nunca los volví a ver.

Me gusta mucho pensar que escaparon de su laberinto con la barriga llena.

HOY:

MUESCA FLAMBEADA CON GUARNICIÓN



QUÉ NECESITA

1 superficie ligeramente moldeable, pero de resistencia media, que garantice la continuidad en el tiempo de la receta.

1 objeto punzante cuya elección dependerá del grado de resistencia de la citada superficie anterior: cuchillos, tenedores... Rebusque en sus cajones.

1 soplete de cocina para la opción flambeada.

Guarnición: a gusto del ejecutor/consumidor

TIEMPO DE PREPARACIÓN

En función de lo vivido.

DIFICULTAD

Véase «Tiempo de preparación»

CÓMO SE HACE

Como somos poco amigos de seguir los cánones establecidos y, además estamos de aniversario, vamos a pasarnos la estructura habitual por el forro y a ofrecerles, simplemente, un consejo en relación con las muescas que vaya usted acumulando por esas manías que tenemos todos de vivir y dejar que eso nos marque.

1. Busque una superficie que no tenga a la vista de forma habitual, pero a la que pueda acceder en días de lluvia o cambios de estación.
2. Señale cada herida, cada agravio, cada día que deseó ser otra persona o simplemente no ser, con una muesca en la superficie.
3. No olvide aquellos momentos en los que se dio cuenta de cuánto se había confundido con algo o con alguien, las tardes en las que le rompieron el corazón y las decepciones que le robaron horas de sueño.
4. Realice cada una de esas señales con calma, con cariño incluso.
5. Ahonde en el surco todo lo que sea necesario para que esas sensaciones puedan almacenarse en el hueco creado y no asomen por los bordes. La profundidad de la muesca debe ser directamente proporcional al efecto provocado.
6. Si considera que el almacenamiento no es suficiente, proceda con el soplete. Recuerde que el fuego es purificador, sella, tuesta y dará un bonito tono dorado a su obra. No se pase, deje el negro para el fondo de armario.
7. Cuando termine, siéntese frente a su obra y contéplela con detenimiento (aquí es donde puede echar mano de la guarnición si el proceso le ha dado hambre) y disfrute de la satisfacción de haber superado toda esa mierda.
8. Acuda muy de cuando en cuando para no olvidar y, así, no tener que hacer muescas por los mismos motivos...
9. ... y disfrute de las nuevas, que, como dicen unas buenas amigas nuestras: NO HAY VIDA, SIN HERIDA.

LA OBRA

DE PEDRO VEZ LUQUE PARA MUESCAS



vez luque
2022



LA
VISCERA
magazine